

ya muy viejo y cojea por tener un pié paralizado. Si llegara á morir, contando con nuestra amistad, heredarías sus dominios, que te tocan de derecho.» El hijo Cloderico (que habia combatido al lado de Clodoveo con su contingente en la batalla de Voulon), dominado por la codicia, trató de matar á su padre, y cuando éste salió de Colonia y pasó el Rhin con el objeto de hacer una correría por la selva bucónica (quizás en el territorio de Fulda, en el gran ducado de Hesse), envió asesinos que le mataron mientras dormía la siesta en su tienda, para poder tomar él posesion de su reino; pero Dios le habia sentenciado á caer en la misma fosa que tan traidoramente habia abierto para su padre.

»Envío mensajeros al rey Clodoveo para participarle la muerte de su padre y decirle: «Mi padre ha muerto, y yo tengo en mi poder su reino y sus tesoros. Envía tus mensajeros y te remitiré gustoso lo que de los tesoros de mi padre fuere de tu agrado.» Clodoveo le contestó: «Agradezco tu buena voluntad; te suplico que enseñes todo á mi gente cuando llegue, pero tú te quedarás con todo.» Cuando llegaron los mensajeros enseñóles Cloderico el tesoro de su padre, y mientras ellos contemplaban diferentes objetos les dijo: «En aquella arca solia mi padre guardar las monedas de oro.» «Mete la mano, — le dijeron, — para sacarlo todo;» y al hacerlo Cloderico, inclinando mucho el cuerpo, uno de ellos levantó el brazo y le hundió el cráneo con su hacha de guerra. Así tocó al indigno hijo la suerte que habia preparado á su padre.

»Tan pronto como Clodoveo supo lo sucedido, y que padre é hijo habian muerto, se apresuró á presentarse allí (seria en Colonia), convocó á todo el pueblo y le dijo: «Oid lo que ha sucedido. Cuando yo navegaba por el Escalda no cesó Cloderico de hacer creer á su padre que yo queria matarle, y cuando el padre huyó (de mí) pasando por la selva bucónica, su hijo envió tras él asesinos que le mataron; pero él mismo murió á manos de un desconocido al mirar los tesoros de su padre. Yo de todo esto soy inocente, porque ¿cómo podria verter la sangre de mis parientes? ¡Esto seria una iniquidad! Pero ya que la catástrofe ha sucedido, venid á mí, si os agrada, y vivid en adelante bajo mi proteccion.» Cuando esto oyeron los circunstantes entrecorcaron sus escudos en señal de aprobacion y reconocieron por rey á Clodoveo, el cual de esta manera se apoderó del reino y de los tesoros de Sigiberto y sometió aquel pueblo á su dominio. Así puso Dios unos tras otros á todos los enemigos de Clodoveo bajo el dominio de éste, extendiendo su imperio en recompensa de su conducta leal y de haber hecho lo que era agradable á Dios.»

No hay que tomar al pié de la letra este último y singular pasaje del bondadoso y piadoso obispo. El santo varon estaba muy léjos de aprobar semejantes iniquidades y mucho menos de contarlas entre los actos agradables á Dios; pero desde el punto de vista moral y político de aquella época y prescindiendo de la moralidad personal quiso decir que Clodoveo, bautizado y adalid del catolicismo contra paganos y herejes, y fundador de iglesias, era por lo mismo agradable á Dios y preferido por El á los que no pertenecian á la Iglesia y la perseguian ó contrariaban. Lo que Dios (y la Iglesia), ante todo, querian era el triunfo de la fe y de la doctrina cristianas, para cuyo triunfo fué elegido Clodoveo como instrumento, al cual si cumplia se le perdonarian sus crímenes particulares, que San Gregorio reconoce tambien por tales. Esta era exactamente la expresion de la moral de Gregorio en aquel tiempo, pero á costa de la moral de Dios, tan sorprendentemente representada por la Iglesia.

Volvamos ahora al relato del historiador turenés:

«Despues de esto volvióse Clodoveo contra el rey Carari-

co (1). Cuando Clodoveo estuvo en guerra con Siagrio, llamó á Cararico á su auxilio; pero éste no quiso adherirse á ninguno de los dos, para tomar despues de la lucha el partido del vencedor. Por esta razon Clodoveo, que le guardaba rencor, marchó contra él. (Clodoveo, sin embargo, mató á Cloderico que le habia auxiliado contra los godos aliados, y á Ragnarico, que le habia auxiliado contra Siagrio; á todos mató este excelente varon, sin rencor.) Apoderóse de él y de su hijo á traicion, hízoles cortar la cabellera larga, distintivo de la raza real merovingia, rapar la cabeza y tomar la carrera eclesiástica: el padre fué nombrado presbítero y el hijo diácono. Al primero dicen que arrancó lamentos y lágrimas la degradacion, y el hijo exclamó: «Este follaje (la cabellera) se ha cortado de una rama verde, pero volverá á brotar y crecer porque la madera conserva su savia; ¡plegue á Dios que lo que él tarde en crecer sea lo que tarde en morir aquel que lo ha hecho cortar!» Estas palabras llegaron á oídos de Clodoveo, á quien se dijo que le habian amenazado con dejar crecer sus cabellos y matarle á él; entonces mandó cortar la cabeza á los dos, y una vez muertos se apropió su territorio, su tesoro y su pueblo.»

A excepcion de Cloderico, seducido por el mismo Clodoveo, ninguna de las víctimas de este último habia merecido su desgraciada suerte; pero no podia decirse lo mismo del rey Ragnacaro, que residia en Cambrai, porque era odiado de su mismo pueblo por sus vicios, y apenas habia pariente suyo á quien no hubiera deshonrado con sus excesos crapulosos. Imitábase en todo su privado Farro; la gula de ambos indignaba á los que estaban cerca del rey, el cual solia decir cuando le llevaban algun manjar succulento ú otro regalo: «Aquí hay justo para mí y para Farro,» y no daba nada á los demás. Así, costó poco á Clodoveo sobornar á los guerreros de Ragnacaro é inducirles á que le llamasen para librarlos de su jefe. Dióles ajorcas y otros adornos, diciéndoles que eran de oro, pero solo eran de bronce dorado imitados con mucho arte. Cuando se acercó Clodoveo con su hueste, los espías enviados por Ragnacaro pará saber la fuerza del enemigo le contestaron: «Hay bastante fuerza para tí y para Farro.» Ragnacaro fué, pues, derrotado y quiso huir; pero los suyos se apoderaron de él y de su hermano Ricario, y atándole las manos á la espalda les condujeron á la presencia de Clodoveo, el cual al verlos dijo á Ragnacaro: «¿Por qué has envilecido nuestra clase dejándote atar? Mejor habria sido morir,» y diciendo esto levantó su hacha de guerra y se la hundió en el cráneo. Despues, volviéndose á Ricario, le dijo: «Si tú le hubieses debidamente socorrido no le habrian atado,» y tambien le mató con su hacha. Los traidores que habian vendido á su jefe descubrieron pronto que el oro dado por Clodoveo era falso; pero él cuando se lo dijeron contestó: «Es justo que reciba oro falso el que con engaño y premeditacion conduce á su amo á la muerte. Contentaos con que os deje la vida en lugar de haceros pagar la muerte de vuestro amo con el tormento y la muerte.» Al oír esto pidieron perdón aterrorizados y aseguraron que se darian por muy contentos si les dejaba la vida.

«Estos reyes eran sus parientes (de Clodoveo); su hermano Rignomero fué tambien muerto por órden de Clodoveo cerca de Le Mans, y cuando todos estuvieron muertos, tomó sus territorios y tesoros; pero además mató á muchos otros reyes y parientes próximos, de los cuales recelaba que pudiesen arrebatarle la corona, y extendió su dominio sobre toda la Galia (2). No obstante, se cuenta que un dia dijo en una

(1) O Jararico, probablemente jefe de una tribu de francos salios, que Giesebrecht supone vivian en el distrito de Therouenne, en el departamento actual de Pas-de-Calais.

(2) Menos la Borgoña y los territorios de los ostrogodos y visigodos.

reunion de los suyos, hablando de los parientes que habia asesinado: «¡Ay de mí, que vivo como un extraño entre extraños, sin tener parientes que pudiesen auxiliarme si algun dia me sobreviniera una desgracia!» Esto empero, no lo dijo por sentimiento que le causara la muerte de aquellos, sino con la intencion mas pérfida, para descubrir todavia á algun otro pariente para matarlo.»

La ingenuidad con que San Gregorio de Tours refiere estos hechos inicuos de Clodoveo, escribiendo por el año 594, demuestra que tales infamias eran entonces tan comunes entre los francos, que hasta las miraba el pueblo como cosa chistosa y muy de su agrado, haciendo de ellas una aureola legendaria y de su autor afortunado un héroe nacional. Esta obra de unificación por medio de asesinatos y toda clase de perfidias, ocupó los últimos años de Clodoveo, porque San Gregorio refiere estos hechos despues de la guerra contra los godos, y luego relata inmediatamente la muerte del rey merovingio.

Ocupado siempre en guerras y asesinatos, aun prescindiendo de su rudeza y barbarie, no podia esperarse de Clodoveo ninguna obra pacífica y de inteligencia como exigia el gobierno interior de sus Estados; pero se sabe con certeza que ordenó, por lo menos, la recopilacion de los usos considerados como leyes de los francos sálicos. Esta recopilacion, probablemente aconsejada por sus directores eclesiásticos y encargada á ellos, completó y modificó notablemente alguna coleccion reunida con anterioridad, en cuanto lo exigian el nuevo estado de cosas creado por la adopcion de la religion católica, las consiguientes relaciones con la Iglesia y la necesidad de poner la jurisprudencia de los francos en armonía con la de las poblaciones de los territorios sometidos, á fin de establecer un gobierno y una administracion ordenados. Esta necesidad que se imponia á la fuerza, en primer lugar la del arreglo con la Iglesia, que tenia interés en asegurar, ordenar y extender su conquista, hicieron ineludible la cooperacion de los obispos, los cuales consiguieron que el rey convocara en el año 511 en Orleans el primer concilio franco, en el cual tomaron parte 32 obispos de su imperio.

A la verdad, la *Ley sálica*, recopilada por órden de Clodoveo, apenas trata de estas relaciones, pero es muy probable que estuviesen determinadas por capitulaciones especiales que se han perdido.

El mismo año del concilio, que firmó sus resoluciones en 11 de julio de 511, fué el de la muerte de Clodoveo, que fué sepultado el 27 de noviembre en la iglesia de los Apóstoles, fundada por él y por su esposa.

### CAPÍTULO III

#### LOS SUCEORES DE CLODOVEO HASTA LA MUERTE DE CLOTARIO I

El imperio de Clodoveo fué repartido entre sus cuatro hijos Teuderico, Clodomiro, Childebarto y Clotario, segun la costumbre establecida entre los francos sálicos. El no haber procurado en vida el fundador del primer imperio franco conservar en un solo imperio lo que con tanta sangre derramada en guerras y asesinatos habia reunido, trasmitiéndolo á un solo hijo con el asentimiento de todos sus guerreros francos libres reunidos en una de sus asambleas anuales, es la mejor prueba de que el franco Clodoveo, indómito, feroz y codicioso, que nunca tuvo plan fijo, tampoco llegó á concebir una idea política que modificara la antigua usanza germánica relativa al reparto de la herencia. El ejemplo de Genserico, que treinta años antes habia hecho reconocer á su hijo por jefe único de los vándalos, prueba que los jefes germáni-

cos no eran tan obtusos que no alcanzaran semejante concepcion política; pero Clodoveo no debió de querer anular el derecho á la herencia de todos los hijos, porque por una parte no le sorprendió la muerte, si bien no tenia mas de 45 años cuando murió, y por otra eran sus hijos entonces ya adultos, lo cual le debia recordar constantemente, si hubiese querido satisfacerla, la necesidad de apartarse de la usanza germánica de sucesion. Acaso creyó que la division de sus conquistas y usurpaciones no impediria la union y la existencia de un gran imperio franco, especialmente tocante á la defensa comun contra vecinos y otros enemigos extranjeros.

Esta division de la herencia se repitió en el imperio franco hasta mediados del siglo IX; y atendido el estado de rudeza de los francos invasores, vencedores y dueños de vastísimos territorios habitados por una poblacion muchísimo mas culta é inteligente, habria sido imposible para un solo gobernante la conservacion del dominio y mucho mas la de su administracion aunque bárbara, mientras por otra parte la union de los diferentes herederos bárbaros, si en principio existió en la mente de Clodoveo y de sus sucesores, resultó como no podia menos de resultar, una pura ilusion. Si alguna union hubo mas adelante contra invasores formidables, como los árabes, los normandos y los hunos, la igualdad de derecho entre todos los descendientes varones de la familia de Clodoveo fué causa evidente y permanente de guerras fratricidas interminables.

La igualdad del derecho de herencia exigia la igualdad de la reparticion de bienes, acaso con alguna preferencia á favor del primogénito (1). Esto, muy fácil de cumplir cuando el padre era simplemente un hombre libre, jefe de una tribu ó capitán de banda, resultó complicadísimo tratándose de dominios habitados por poblaciones numerosísimas de otra raza, civilizacion é historia, formando ya nacion, con sus leyes y administracion ordenada desde siglos, y mas ó menos romanizadas segun las comarcas. La division de una vasta herencia de estas condiciones entre tres ó cuatro derecho-habientes encerraba ya por sí sola un peligro inmenso para la unidad del imperio, lo cual indujo al parecer á dar á cada heredero, no un territorio de carácter unido, sino territorios de diferentes condiciones y separados unos de otros para evitar quejas y disputas; pero siempre se impuso forzosamente, al cabo de mas ó menos tiempo, la indivisibilidad de los grupos de carácter determinado, y así se formaron grupos principales que condujeron á la desmembracion del vasto imperio franco en cuatro y despues en tres grandes agrupaciones políticas independientes: la Italia, la Francia, la Borgoña y la Alemania.

Volviendo á la division de la herencia de Clodoveo, hecha á la muerte de éste en el año 511, se sabe por San Gregorio de Tours que Teuderico (2), que era el primogénito de Clodoveo sin que su madre hubiese estado unida á su padre en matrimonio, lo cual no mermaba en nada sus derechos de sucesion, recibió todos los territorios de su padre situados en la orilla derecha del Rhin; el de los francos ripuarios y quizás el de los francos sálicos hasta la Champaña inclusive y además otro gran territorio en el Mediodía, á saber: toda la Aquitania oriental, la Rovergue, la Auvernia, Quercy, el Albigois, con las ciudades de Cahors, Rhodéz, Alby, Clermont-Ferrand y el Gavandau. Su capital y residencia era Metz. Reims, Toul, Verdun y Chalons sobre el Marne eran las

(1) Atendida la vaguedad del matrimonio entre los germanos de entonces, debe entenderse primogénito del padre, cualquiera que fuese la madre.

(2) Este nombre *Teuderico* ó Teodorico, etc., significaba en los antiguos dialectos germánicos: dueño de gente (de tribu ó de pueblos), y fué corrompido con el tiempo en *Dietrich*.



rables á Teodorico que las del año 516, porque Teodorico el Grande, que habia tomado bajo su proteccion á los turingios como á otros pueblos germánicos de menor importancia, y que además tenia razones de parentesco para amparar particularmente al rey de Turingia, habia muerto en el año 526, y del débil gobierno de Amalasuinta no era de temer ninguna intervencion á favor de un grupo germánico situado en el centro de Alemania. Sin embargo, para mayor seguridad, Teodorico indujo á su hermano Clotacaró á asociarse á la empresa á condicion de partir el botin por mitad, y tambien se llevó consigo, por via de precaucion, á su propio hijo Teodeberto.

En los primeros encuentros los francos tuvieron muchas bajas, aunque no precisamente derrotas, como pretenden autores posteriores, á consecuencia de una astucia de los turingios, que habian abierto grandes zanjas en el campo de batalla cubriéndolas con césped para ocultarlas, con lo cual causaron la caída de los jinetes francos en su primera arremetida. No conocemos los pormenores de esta guerra, exagerados, naturalmente, á favor de los turingios, sino por la tradicion legendaria que posteriormente se ha ido formando entre los sajones. En otra batalla posterior murieron, en cambio, á orillas del Unstrutt tantos turingios, que sus cadáveres interceptaron el curso del rio y sirvieron á los vencedores de puente para continuar la persecucion de los vencidos. Como cierto puede admitirse que los primeros encuentros ocurrieron al principio cerca de Ronneberg, en Hannover, y despues cerca de Orheim, á orillas del Ocker.

Muy pronto manifestóse entre Teodorico y su hermano la discordia, probablemente con motivo del reparto del botin, por lo cual el primero resolvió matar al segundo, á cuyo efecto le invitó, con algun pretexto, á acudir al punto donde estaba y apostó hombres armados detrás de una cortina; pero como ésta no llegaba hasta el suelo, Clotacaró vió los piés de los hombres desde fuera, y entonces entró bien armado y acompañado. Teodorico viéndose descubierto disimuló y habló de cosas indiferentes, y conociendo que no aplacaba la indignacion interior de su hermanastro, le regaló al despedirse una gran escudilla de plata; pero apenas hubo regresado Clotacaró á su tienda cuando Teodorico se lamentó ante los suyos del sacrificio que habia hecho sin necesidad y mandó á su hijo Teodeberto que fuese á pedir á su tío la escudilla para sí. Hizolo el jóven y obtuvo de su tío lo que le pidió. «En estas arterias, dice el historiador, era muy práctico Teodorico.»

Clotacaró no se fió ya de su hermano y encontró mas prudente volverse á su casa, llevándose á Radegunda, hija del difunto Bertaro, con la cual se casó despues; pero habiendo hecho matar alevosamente al hermano de Radegunda, ésta le abandonó en el año 550 y entró monja en un convento que habia fundado en Poitiers, donde empleó el resto de su vida en oraciones, ayunos, vigiliás y limosnas, adquiriendo con su virtud gran fama de santidad en el pueblo.

La retirada de Clotacaró con su hueste y las bajas experimentadas obligaron á Teodorico á buscar nuevos aliados y los encontró en los sajones, vecinos de los turingios por el Noroeste.

El nombre de sajones se habia aplicado durante mucho tiempo á un pequeño grupo de tribus que se habia ido engrosando hasta constituir un pueblo numeroso que se unia á veces con otros para la defensa y ataque comun contra enemigos exteriores y para penetrar mas al Mediodía, donde les impedian el paso los turingios. Contra ellos se unieron, pues, á los francos y juntos fueron rechazando á sus vecinos hasta derrotarles y quitarles su castillo de Scheidungen. Hermenefrido huyó, pero Teodorico se vió precisado, por su parte, á regresar á sus Estados en la Galia, donde entretanto habia

estallado una sublevacion, alentada y aprovechada por sus hermanastros, como luego veremos. En su consecuencia hizo, segun parece, la paz con Hermenefrido, al cual dejó por lo pronto solamente algunas comarcas para engañarle y despues le invitó á una conferencia en la ciudad de Zülpich (la antigua Tolbia ó Tolbiacum, en la provincia de Colonia), empeñando su palabra de que ningun mal le pasaria. Acudió, en efecto, á la cita el turingio, y el franco le colmó de atenciones; pero un dia, estando hablando sobre la muralla de la ciudad, alguien dió un empujon por detrás á Hermenefrido y le hizo caer de lo alto, causando así su muerte. «No se sabe, dice el historiador, quién le precipitó de la muralla, pero se asegura que en esta iniquidad tuvo parte el falaz Teodorico.» Este y los sajones se repartieron, segun la tradicion popular, el territorio de los turingios, quedándose los sajones con el país inmediato situado entre los rios Bode y Unstrutt, y Teodorico con la parte Sudoeste, que incorporó á su reino de Austrasia. Los turingios permanecieron, no obstante, en sus respectivas comarcas, pero sometidos á condiciones durísimas. Esto dice la tradicion popular y legendaria sajona; pero lo mas probable es que tanto los sajones desde el Norte como los francos desde el Oeste se fueron extendiendo, aquéllos ensanchando sus dominios hácia el Mediodía y éstos hácia el Sudeste, para lo cual era, por supuesto, condicion prévia el aniquilamiento de todo poder central de las tribus turingias. Los inmigrados francos llenaron paso á paso toda la cuenca del Mein.

El carácter feroz y bestial de Clodoveo y de la raza franca no se desmintió, pues, un momento por los hijos de aquel monarca, los cuales no hubo iniquidad que no cometiesen; pero la abundancia y la vida regalada exacerbaron en ellos, como sucede siempre, los apetitos materiales y la sensualidad grosera, hasta que la raza completamente degenerada perdió su fuerza y solo conservó sus instintos feroces, acabando por extinguirse miserablemente. Clotacaró tuvo sucesivamente seis ó siete esposas: Gunteuca, viuda de Clodomiro; Junsina, que es quizás la misma; Ingunda, de origen plebeyo; Aregunda, hermana de la anterior; Radegunda de Turingia, que se hizo monja; una concubina, cuyo nombre no se ha conservado, y Buldetrada, hija de Wajo, rey de los longobardos y viuda de Teodebaldo. De su hermano Teodorico hablaremos mas adelante, y otros datos respecto de este punto hemos dado y daremos todavía en abundancia. Fuera ya del estado miserable en que Tácito conoció á los germanos, no conoció límites su incontinencia; mocitos de 14 á 16 años tenian ya mujeres é hijos legítimos é ilegítimos, de suerte que la abundancia y las victorias mataron á esta raza vigorosísima en su origen.

Teodorico, con sobrada razon, nunca se habia fiado de sus hermanos, ni éstos de él. Aquél antes de marchar con su hijo al otro lado del Rhin contra los turingios habíase prevenido contra un ataque alevoso de la parte de su hermano y vecino Childeberto, haciendo con él un convenio solemne de respetar mutuamente sus territorios, dándose en garantía rehenes (1); pero cuando se esparció la voz, que despues resultó falsa, de que Teodorico habia muerto y en su consecuencia se sublevó la Auvernia, Childeberto no se acordó ni del juramento ni de los rehenes y acudió presuroso para apoderarse de la capital, Clermont-Ferrand, y del país, á cuyo fin se entendió con un noble romano, Arcadio, nieto de Sidonio Apolinar, obispo de Clermont, que en la batalla de Voulon habia caudillado á los auverneses. «Childeberto, dice Gregorio de Tours, habia expresado muchas veces el deseo de ver con

(1) San Gregorio de Tours habla de este convenio sin decir la época en que lo hicieron los dos hermanos.

sus propios ojos la Limaña ó comarca de Clermont (*Arverna Lemana*, célebre todavía hoy por su feracidad y belleza); pero en justo castigo de su deslealtad no le permitió Dios ver cumplido su deseo, porque aquel dia hubo una niebla tan espesa que no se podia ver nada á cuatro pasos. Encontró las puertas de la ciudad cerradas y no pudo entrar hasta que Arcadio recorrió por dentro los cerros. De la relacion de San Gregorio se desprende tambien que los rehenes que Teodorico y Childeberto se habian entregado mutuamente eran hijos de «senadores,» es decir de familias patricias romanas, que continuaban, como en tiempo del imperio, gobernando los municipios y sus comarcas.

Habiéndose quebrantado el convenio quedóse cada una de las dos partes con los rehenes, que fueron desde aquel momento reducidos á la condicion de esclavos. Algunos se fugaron y consiguieron volver á su país, pero otros permanecieron en la esclavitud, como sucedió, entre ellos, á Atalo, sobrino del obispo Gregorio de Langres, que tuvo que cuidar los caballos de un bárbaro (así llama el obispo de Tours á los francos todavía por el año 590). El tío de este Atalo, el obispo de Langres, era el bisabuelo de San Gregorio, por cuya razon es doblemente interesante é instructivo este episodio, que nos ilustra sobre las costumbres y el estado de la sociedad de aquella época. Véase la relacion de San Gregorio de Tours:

«Gregorio de Langres, que esté en gloria, envió criados para ver si conseguian encontrar á su sobrino, y así fué; ofrecieron al franco regalos (por via de rescate), pero no los aceptó y dijo: «Por éste, que de tan noble linaje es, hay que pagar diez libras de oro por su rescate.» Cuando los criados hubieron regresado á su casa con este recado, dijo á Gregorio un tal Leon, que servia en su cocina: «Si me lo permitieses, acaso podria yo libertarle de la esclavitud.» Esto gustó mucho á su amo, que se entendió con Leon, cuyo plan era robar sigilosamente al jóven; pero no lo consiguió. Entonces Leon se entendió con otro que le llevase y vendiese como esclavo á aquel mismo franco, y le dijo: «Lo que te dé por mí será tuyo; yo solo quiero lograr la ocasion para realizar mi propósito.» Así lo juró al hombre, y entonces éste se fué con él y le vendió; cobró doce florines de oro y se marchó. El amo que habia comprado á Leon le preguntó lo que sabia, y éste contestó: «Soy muy diestro en aderezar todo lo que se come en las mesas de los grandes señores; no temo que se encuentre á otro que me iguale en este arte, y te aseguro que aunque quisieses invitar á comer al rey, puedo preparar manjares reales y nadie mejor que yo.» Entonces le dijo su amo: «Mira, el domingo está cerca y convidaré á mi casa á mis vecinos y parientes; prepara, pues, una comida que les sorprenda y que digan: — No hemos visto mejor en casa del rey.» Leon contestó: «Que me haga traer mi amo muchos pollos y haré lo que manda.» Cuando el criado tuvo preparado todo lo que Leon habia pedido, amaneció el domingo y aderezó una comida opípara. Habiéndose hartado y alabado los invitados la comida, se fueron; el amo cobró mucho afecto á este servidor y le dió poder sobre todo lo que poseía, siendo él desde entonces el encargado de distribuir á los otros el pan y las viandas. Al cabo de un año, cuando su amo no tenia ya el menor recelo, Leon se dirigió un dia á un prado, á donde fué tambien Atalo, el de las caballerizas; los dos se sentaron en tierra un poco apartados y dando la espalda á los demás á fin de que no viesen que conversaban, y Leon dijo al jóven: «Ahora ha llegado el tiempo de que pensemos en nuestra tierra; por esto te advierto que esta noche cuando hayas entrado los caballos en la cuadra no te duermas, sino que estés alerta y vengas así que yo te llame y huiremos para no volver.» Aquel dia cabalmente

habia convidado el franco á muchos de los suyos á un banquete, entre ellos á su yerno. Cuando hacía media noche se levantaron los huéspedes de la mesa, siguió Leon al yerno á su aposento con el vino y le escanció y presentó el trago de dormir. Entonces el yerno le dijo en broma, porque estaba de buen humor: «Dí, hombre de confianza de mi suegro, ¿cuándo le robas los caballos y tomas el camino de tu país?» á lo cual contestó Leon, tambien en són de broma: «Pienso marchar esta noche si Dios quiere;» y repuso el yerno: «Entonces que estén alerta mis criados para que no te lleves nada mío,» y diciendo esto se separaron. Cuando todos estaban entregados al sueño, llamó Leon á Atalo, y cuando tuvieron ensillados los caballos preguntó el primero al jóven si estaba provisto de una espada, y respondió éste que solamente tenia un pequeño venablo. Entonces volvió Leon á la estancia de su amo y tomó su escudo y framea, y cuando su amo preguntó quién estaba allí y lo qué queria, contestó el otro: «Soy yo, Leon, tu siervo, y voy á llamar á Atalo para que eche los caballos al prado. — Como quieras, — dijo el franco, y se volvió á dormir. Leon entonces salió y dió al jóven las armas. Encontraron con el auxilio divino la puerta del corral abierta, no obstante haber sido cerrada al anochecer por dentro con cuñas para que no se escaparan los caballos. Dieron, pues, gracias á Dios, se llevaron los caballos todos y un lio de ropa y se pusieron en camino. Cuando llegaron al Mosela (debía ser el Mosa), fueron detenidos por cierta gente, por cuya razon abandonaron las caballerizas y la ropa y pasaron el rio echados sobre sus escudos. Al llegar á la otra orilla corrieron á ocultarse en un bosque para pasar la noche. A la tercera noche todavía no habian comido nada, pero Dios les hizo encontrar un árbol cargado de frutas que se llaman prunas (ciruelas), con las cuales recobraron alguna fuerza y pudieron continuar su camino en direccion á la Champaña. En marcha ya oyeron el galope de caballos y dijeron: «Échémonos en tierra para que no nos vea la gente que viene;» y hallando cabalmente allí un zarzal se echaron detrás de él con las espadas desnudas en la mano á fin de poder defenderse como contra salteadores si fuesen descubiertos. Cuando los jinetes llegaron hicieron alto junto al zarzal, y mientras los caballos orinaban, dijo uno de ellos: «¡Voto á tal! ¡que estos pícaros se hayan escapado y que no puedan ser encontrados! Pero ¡por mi salvacion, si los pillamos juero ahorcar al uno y descuartizar al otro con la espada!» El que así exclamaba era su mismo amo, el franco, que llegaba de Reims en su persecucion, y á no haber sobrevenido la noche, los habria encontrado por cierto; pero picaron de espuelas y continuaron su camino. Los fugitivos llegaron la misma noche á Reims. Entraron en la ciudad y preguntaron á un hombre dónde vivia el cura Paulelo. Allí se dirigieron, y al atravesar la calle oyeron tocar á la primera misa, porque era domingo. Llamaron á la puerta y entraron; el jóven contó al sacerdote lo ocurrido con su amo, y éste exclamó: «¡Así, pues, se cumple mi sueño! porque esta noche he soñado que dos palomas venian volando hácia mí y se posaban en mi mano: una era blanca y la otra negra.» El jóven dijo al sacerdote: «Dios nos perdone en este santo dia si te suplicamos que nos des algo que comer, porque este es el cuarto dia que no hemos probado ni pan ni carne,» (porque entonces nadie se desayunaba el domingo hasta despues de haber oido misa). El sacerdote ocultó á los dos jóvenes, les dió pan mojado en vino y se fué á decir misa. El franco, entretanto, habia encontrado la pista de sus siervos fugitivos y los buscó en casa del sacerdote; pero éste supo engañarle y el franco regresó á su casa, porque aquel cura era un antiguo amigo del obispo Gregorio. Los jóvenes permanecieron dos dias en la casa, y cuando hubieron restaurado sus fuerzas con buenos alimentos partieron y llega-



ciudades mas importantes de sus territorios septentrionales. Teuderico murió por el año 533 (1).

Al Mediodía de la Champaña empezaba el imperio de Clotario, que comprendía el territorio franco sálico oriental en el Hainaut, el Artois, Flandes con las ciudades de Cambrai, Arras y Tournai, el territorio entre los rios Oise y Sena y el canal de la Mancha con las ciudades de Beauvais, Ruan, Lisieux, Evereux y al Norte del Aisne, Soissons, que era la capital. Clotario, como el menor de los hijos de Clodoveo, recibió la parte mas pequeña de la herencia. Murió por el año 561.

Childeberto recibió todo el territorio entre el Sena, el Loira y el mar, la Bretaña con parte de la Normandía, la antigua Armórica, y la Brie, que constituía la parte principal del territorio de Siagrius. Su capital era París, y su muerte ocurrió por el año 558.

Clodomiro recibió los territorios al Sur del Loira, arrebatados á los visigodos, la Aquitania, menos la parte que habia tocado á Teodorico; su capital era Orleans, y otras ciudades importantes eran Tours y Poitiers. Murió por el año 524.

San Gregorio de Tours cita como prueba de la fama, riqueza y poderío de los cuatro hermanos, el hecho de haber solicitado Amalarico, hijo de Alarico II y rey de los visigodos, la mano de Rotehilda, hermana de aquellos reyes, que fué enviada á España con multitud de joyas y grandes riquezas. Esto podrá hasta cierto punto hacer dudar del hecho que deducen algunos de las palabras del citado historiador, á saber: que el padre de la novia mató por su propia mano al padre del novio Alarico II. Dejando esto aparte, consta que este primer matrimonio entre los reyes visigodos y los merovingios acabó muy mal, como tantos otros posteriores, siendo además digno de notar que así como Clodoveo, si bien antes de su conversión al cristianismo, habia dado una hermana suya en matrimonio al rey arriano Teoderico, del mismo modo sus hijos se avinieron á casar á su hermana católica con Amalarico, arriano tambien, porque lo pedia así su interés.

Sobre el carácter particular de los cuatro hermanos poco puede desprenderse de los escasos datos que nos ha conservado San Gregorio, sino que Teodorico, como igualmente su hijo Teudeberto, eran mas guerreros que los otros; Teudeberto, cuya madre era Suavegota, hija de Segismundo, rey de los borgoñones, y nieta de Gundobado, rechazó por tierra y mar á los daneses, que con sus buques habian penetrado en el Mosa y asolaban el distrito de Gueldres, habitado por los atuarios. En primer lugar derrotó y mató á su rey Cojilaico, que con una parte de su banda se habia quedado en la playa para ver marchar los buques que llevaban á su país los prisioneros y demás botín; y muerto el rey, consiguió alcanzar tambien los buques y hacerles soltar su presa. Esta es la primera vez que los historiadores mencionan entre los piratas del Norte á los daneses ó normandos, cuyas expediciones de saqueo y de asolacion se repitieron entonces con mucha frecuencia en las costas francesas hasta que conquistaron la Normandía y se establecieron en ella. Los invasores no eran precisamente daneses, sino godos escandinavos en general ó gautos, y su rey era Higelak, el tio materno de Beowulfo, de quien la leyenda dice que murió en el país de los atuarios.

Para continuar la obra de Clodoveo en el mismo sentido que estaba principiada, era menester que el heredero de la Austrasia agregara á sus Estados las tribus vecinas del Nordeste, que eran los turingios de Alemania, que se extendian desde el rio Unstrut en el Norte hasta el Danubio, y cuyo cen-

(1) Probablemente en 534.

tro era la cuenca del Mein. Así lo hizo Teodorico á la primera ocasion que se le presentó.

Del tiempo de Childerico solo se ha conservado el nombre de un rey turingio llamado Bisinio, cuya mujer le abandonó por Childerico; pero esto no excluye que hubiese entonces tantos reyes como tribus. En tiempo de Teodorico mandaban en Turingia tres hermanos, Baderico, Hermenefrido y Bertacaro, que probablemente se habian dividido el territorio turingio como los hijos de Clodoveo se dividieron el imperio de su padre, sucediendo á este reparto guerras fratricidas como habian ocurrido entre los dos reyes hermanos de Borgoña y como las veremos luego entre los hijos de Clodoveo. La tradicion en estos pueblos rudos é ignorantes ha modificado y adornado á su manera estas guerras hasta hacer imposible ó poco menos el restablecimiento de la verdad histórica, que se reduce en el fondo á lo siguiente. Hermenefrido, cuya esposa era Amalaberga, hija de Amalfrida, hermana de Teodorico el Grande, se lanzó sobre su hermano Bertacaro y le mató ó quizás solo le arrojó de sus Estados, agregándolos á los suyos, en perjuicio de sus sobrinos y de su sobrina Radegunda. Dicen que á esto le impulsó su mujer, que solo le cubria la mesa con medio mantel para recordarle que se habia contentado con una parte de la herencia de su padre. Viéndose ya con mas fuerzas propuso á Teodorico, rey de Austrasia (hijo mayor de Clodoveo), atacar juntos al tercer hermano del primero, á condicion de quedarse cada uno con la mitad del territorio conquistado, que debia de confinar con el de Teodorico por un lado y el de Hermenefrido por otro. Aceptó el merovingio con gran diligencia y ambos se arrojaron sobre Baderico y le mataron; pero Hermenefrido se quedó con su territorio, y el hijo de Clodoveo, ocupado en otras empresas mas urgentes y temiendo acaso indisponerse con el poderoso Teodorico el Grande, pariente de Hermenefrido, se resignó y guardó para mejor ocasion su venganza y su proyecto de conquistar toda la Turingia.

Poco despues los otros tres hijos de Clodoveo emprendieron una expedicion contra los borgoñones, segun la fábula popular, para vengar un antiguo ultraje hecho á la familia de su madre Rotehilda. Segismundo, el rey de los borgoñones, que habia sucedido en el año 516 á Gundobado, fué derrotado, hecho prisionero y conducido con su mujer é hijos á Coulmiers ó á Columelle, cerca de Orleans, donde Clodomiro los arrojó á todos á un pozo, para marchar mas tranquilo contra Godomaro, hermano del rey vencido, que entre tanto habia reunido un nuevo ejército. Los tres hermanos invitaron á Teodorico, su hermanastro, á asociarse á ellos, lo cual éste prometió, pero no cumplió su promesa y permaneció neutral segun parece.

Godomaro, que al recibirse la noticia del triste fin de su hermano y de su familia habia sido proclamado rey en su lugar, derrotó á los merovingios cerca de Vesperonce (Viserontia) en la comarca de Vienne, en cuya batalla murió Clodomiro. Habia éste ya vencido cuando, persiguiendo á los borgoñones, una banda de éstos le engañó imitando el grito de guerra de los francos; y llegando así hasta á él, le mató y paseó su cabeza en la punta de una lanza por el campo de batalla, con lo cual se reanimaron los borgoñones y derrotaron á sus enemigos (2). El reino de Borgoña quedó otra vez salvado.

(2) San Gregorio añade á esta relacion, siempre favorable á los francos, que éstos finalmente ganaron y conquistaron todo el reino de Borgoña, y Godomaro lo recuperó tan pronto como sus enemigos hubieron regresado á sus Estados. Así dice tambien, al hablar de la batalla de Voulon, en que Clodoveo derrotó á los visigodos, que éstos, «segun su costumbre, enseñaron á los francos sus talones,» y otras exageraciones por el estilo, á favor de Clodoveo y de los suyos.

Clotacaro y Childeberto se repartieron el territorio de su hermano Clodomiro, tomando el primero por esposa á la viuda del difunto y agregándose el Poitou y el país de Tours; Childeberto se agregó el territorio atravesado por el Loira con la capital Orleans, y el Lemosin tocó quizás á Teodorico. Para disimular la brutalidad del despojo pretendieron los tres hermanos administrar la herencia de sus sobrinos Teodobaldo, Guntarico y Clodovaldo como tutores hasta su mayor edad; mas para mayor seguridad su madre Rotehilda se llevó los tres nietos huérfanos á su casa tomándolos bajo su proteccion. Clotacaro, resuelto á quitarles de en medio para siempre, degolló á los dos primeros con sus propias manos; el tercero fué salvado por servidores fieles, y para librarse de todo peligro ulterior entró en el estado eclesiástico, renunciando con esto solemnemente al trono, pues que hubo de hacerse rapar la cabeza, despojándose así del distintivo real, la larga cabellera. A este Clodovaldo se atribuye la fundacion del célebre convento de Saint Cloud.

La conducta de los hijos de Clodoveo, la de la viuda de su hermano y la de su madre pintan tan perfectamente el estado primitivo de los francos y el aniquilamiento parcial de la cultura romana por los bárbaros en el país por ellos invadido y conquistado, que nos parece indicado reproducir aquí la relacion de estos sucesos escrita por el obispo de Tours, San Gregorio: «Viviendo la reina Rotehilda en París, observó Childeberto que queria entrañablemente á sus nietos, los hijos de Clodomiro. Esto le causó muchos celos y le hizo temer que con el apoyo de la reina llegaran á recuperar su patrimonio. Envió, pues, secretamente mensajeros á su hermano Clotacaro para que le dijera: «Nuestra madre tiene en su casa y bajo su proteccion á los hijos de nuestro hermano para entregarles el reino (de su padre Clodomiro); de consiguiente, ven en seguida á París para convenir en lo que debemos hacer: si debemos cortarles la melena para igualarlos á la gente baja, ó si debemos matarles y repartir entre nosotros el reino de nuestro hermano.» Estas palabras regocijaron mucho á Clotacaro, que acudió á París. Childeberto habia hecho correr por el pueblo la voz de que los dos hermanos se reunian en París para entregar á los jóvenes sus dominios. Los dos enviaron, pues, recado á la reina madre, que vivia en la ciudad, diciéndole: «Envíanos los niños á fin de que los sentemos en el trono.» La reina, no sospechando ninguna traicion, se alegró mucho, dió de comer y beber á los jóvenes y les dijo: «Cuando os vea reinar en lugar de vuestro padre, me parecerá que no he perdido á mi hijo.» Les envió, pues, pero apenas habian salido de casa fueron presos con sus criados y ayos y separados de éstos, unos y otros bien vigilados. Entonces Childeberto y Clotacaro enviaron á Arcadio (nieto de Sidonio Apolinar, que habia ofrecido á Childeberto entregarle la Auvernia, pero que huyendo de la venganza de Teodorico se habia refugiado en Bourges bajo la proteccion de Childeberto) á la reina madre con unas tijeras y una espada desnuda, para decirle: «Tus hijos, nuestros amos, oh gloriosísima reina, quieren saber tu voluntad respecto de lo que debe hacerse con los jóvenes: si quieres que vivan con la cabeza rapada ó si los dos han de ser degollados» (1). Espantada é indignada la reina de este recado, y á la vista de las tijeras y de la espada desnuda, contestó en un arrebato de amargura, sin saber lo que se decia: «Si no han de reinar, prefiero verlos muertos que privados de su cabellera real.» Arcadio sin hacer caso de su dolor, y sin dejarle tiempo de meditar primero su contestacion, se retiró á toda prisa y dijo (á sus amos): «Rematad vuestra obra comenzada; la reina

(1) El tercero habia podido ser salvado por sus criados cuando los prendieron.

consiente; ella misma quiere que se haga vuestra voluntad.» Al instante cogió Clotacaro al mayor de sus sobrinos por el brazo, arrojóle al suelo y le hundió el cuchillo en el sobaco. De esta manera cruel lo mató. Mientras gritaba, arrojóse su hermanito á los pies de Childeberto y abrazando sus rodillas exclamó llorando: «Protégeme, padre bondadosísimo, que no muera yo tambien como mi hermano.» Entonces Childeberto derramando lágrimas dijo á su hermano Clotacaro: «Te suplico, carísimo hermano, que me regales su vida y te pagaré por ella cuanto quieras, con tal que no le mates.» Clotacaro sin embargo gritó con furor é improprios: «Suéltale ó mueres en su lugar. ¡Cómo! ¿tú has propuesto el hecho y tan pronto te retractas?» Al oír esto Childeberto arrojó el niño á Clotacaro, que lo cogió al vuelo y le hundió el cuchillo en el costado, matándole como á su hermanito. Muertos los sobrinos, mataron á sus criados y ayos; despues montó Clotacaro á caballo y se marchó con su séquito sin sentimiento alguno por la muerte de sus sobrinos. Childeberto se retiró á los arrabales de París; la reina depositó los dos pequeños cadáveres en un féretro y con infinito duelo acompañado de cánticos religiosos siguió á la comitiva fúnebre á la iglesia de San Pedro, hoy Santa Genoveva, donde se dió sepultura á los dos hermanos, de los cuales el uno tenia diez años y el otro siete. Clodovaldo, el tercero, habia sido salvado por hombres valientes de las manos de sus tíos. Este desprecio el reino de la tierra y se dedicó al Señor: con sus propias manos se cortó su cabellera; entró en la carrera eclesiástica, y despues de emplear su vida en buenas obras, murió siendo sacerdote. La reina Rotehilda observó una vida tan ejemplar que todo el pueblo la veneró; incansable en hacer limosnas, en vigiliias y oraciones, modelo de castidad y honor, dió con gusto y abundancia á las iglesias, conventos y otros establecimientos tierras y demás cosas que necesitaban, por manera que entonces no pareció reina, sino una sierva de Dios, incansable en su servicio, sin que pudiesen subyugarla ya ni el imperio de sus hijos, ni las ambiciones mundanas, ni las riquezas. Su humildad la elevó á la gracia de Dios.»

En el año 531 Teodorico realizó su proyecto de venganza contra el solapado Hermenefrido de Turingia y el anterior de incorporacion de este país á sus dominios. Reunió á este efecto sus guerreros francos, ávidos siempre de botín y de matanza, y les expuso su pensamiento en los términos siguientes, que retratan á lo vivo á aquellos pueblos germánicos y el carácter de la época: «Indignaos, os suplico, de mi afrenta y de la muerte de vuestros mismos padres. Acordaos del mal que los turingios hicieron á nuestros padres cuando se arrojaron sobre ellos. Nuestros padres pidieron la paz y entregaron rehenes, pero los turingios los hicieron morir de diferentes maneras, se precipitaron sobre nuestros mayores, se llevaron todo cuanto tenian, colgaron los niños de los árboles por medio de los tendones de sus muslos, dieron muerte á mas de doscientas doncellas despues de cruelísimos tormentos, atándoles cada brazo á la nuca de un caballo y espoleando á los animales en distintas direcciones, de suerte que en veloz carrera descuartizaron á las mujeres llevándose cada caballo (y jinete) un trozo de su cuerpo; á otras tendieron en los caminos atadas á postes fijados sólidamente en tierra é hicieron pasar sobre ellas grandes carretas cargadas, echándolas despues con los huesos rotos á sus perros para que las devoraran. Ahora ha faltado Hermenefrido á su palabra y se niega obstinadamente á todo. Ved si tenemos buen motivo de venganza y si el derecho es de nuestra parte; marchemos, pues, contra ellos con la ayuda de Dios.» Los francos al oír esto se enfurecieron y se pusieron unánimes en marcha contra los turingios.

Las circunstancias debieron de parecer esta vez mas favo-